

VERDAD Y TOLERANCIA EN LA SOCIEDAD TECNOLÓGICA

Miguel A. V. Ferreira

Universidad de Murcia

Universidad Complutense de Madrid

Resumen.- El presente trabajo propone como argumento la virtualización de las relaciones colectivas como consecuencia de la progresiva impregnación de la tecnología en nuestra vida cotidiana. Se especifica el sentido que se atribuye al concepto de «Sociedad Tecnológica» (ST) y se indica el significado que en la misma adquiere el uso cotidiano de las tecnologías. Se trata de una impregnación de nuestra experiencia diaria que tiende a la instrumentalización, tanto de nuestra existencia material como de nuestros procesos de enjuiciamiento y de decisión. En concreto, el concepto «verdad» queda seriamente condicionado a dicha instrumentalidad. Como conclusión, el autor propone que dicho proceso conlleva un déficit en cuanto a tolerancia en las sociedades tecnológicas.

Palabras clave.- Sociedad tecnológica, tecnología, verdad, tolerancia, instrumentalización

Key words.- Technological society, technology, truth, tolerance, instrumentalization

Introducción

Trataré aquí de plantear lo que es una convicción, más anclada en el pulso del sentir diario, obligado siempre, aún cuando no se quisiese así, a una cierto contacto con éste nuestro modo actual de participar de los procesos humanos en términos de globalidad o mundialidad, inmersos en el gran entramado de relaciones e informaciones propio de este principio de siglo, que resultado de una reflexión orientada a su elucidación. Y digo “nuestro” pensando en ese amplio sector de la población humana excluido y marginado del proyecto de progreso ilustrado por quienes lo venimos abanderando desde que fuese alumbrado, tanto en las ideas como en la práctica.

Mi convicción no es otra que la de creer que caminamos hacia una *virtualización* de la convivencia, hacia un modo de vivir la vida, y de sentir esa vivencia, en el que lo de menos sería la sustancia real de los acontecimientos y experiencias en las que se participa, y lo de más, la capacidad de construir, desde un aislamiento casi completo, y propiciado éste por dispositivos tecnológicos diseñados a tal efecto, una fantasía a la medida de cada uno. Piénsese en un moderno videojuego en el que uno se integre con tal grado de realismo en el papel protagonista que, dada la capacidad del mismo de simulación de experiencias, se “viva” subjetivamente el juego como real, acompañado de todo el conjunto de constataciones (fisiológicas, emocionales, sensitivas) que toda vivencia real conlleva, con la única diferencia, respecto a ésta, de que uno estará en todo momento instalado en un habitáculo debidamente acondicionado y aislado del medio físico y humano que rodea y configura nuestra convivencia habitual.¹

Si esa fractura entre el deseo y la realidad, entre la ilusión de lo que quisiésemos que fuesen las cosas y lo que éstas efectivamente son, ha sido la batalla permanentemente perdida del hombre, pero la que, probablemente por esa irremediable derrota, ha servido de acicate y motor de sus vidas, privadas y colectivas, ahora pareciera que se quisiese más bien huir de la constatación de dicha fractura y erigir, al margen de esa realidad vivida siempre como “imperfecta” en comparación con nuestras ilusiones, deseos y esperanzas, una vivencia únicamente instalada en la fantasía: una *realidad virtual* a la medida de las exigencias de cada cual.

Para sondear esta idea, tomaré la propuesta que suscita el título de este ensayo, “verdad y tolerancia en la sociedad tecnológica”, como una triple interrogante: ¿qué hemos de entender por *sociedad tecnológica*? ¿qué sentido de *verdad* hemos de considerar como relevante en una sociedad tal? y,

¹ *Matrix* nos ha ofrecido una versión cinematográfica de esta hipótesis.

por último, ¿qué significado adquiere en dicho contexto el calificativo *tolerante*? Es obvio que esta tentativa de reflexión, al abrir cuestiones antes que proponer algún tipo de apuesta o de razón positiva en favor de la hipótesis de la *virtualización* de la convivencia, pretende establecer unos, llamémosles así, criterios mínimos, en base a los que fundamentar el argumento; y ello, a mi modo de ver, es necesario porque “sociedad”, “verdad” o “tolerancia” son conceptos demasiado amplios en su semántica potencial, como para poder hablar de ellos, y con ellos, sin establecer previamente a su significado algunas limitaciones de carácter operativo.

1. La Sociedad Tecnológica

Por supuesto, por Sociedad Tecnológica (ST) hemos de entender un determinado tipo de socialidad humana que vendría determinada o condicionada por el avance tecnológico; es decir, la tecnología sería uno de los constituyentes relevantes de la socialidad contemporánea propia de aquellas sociedades cuyo desarrollo económico permite la incorporación de sus productos, derivados a su vez del avance, concomitante con dicho progreso económico, en los conocimientos científicos, en la cotidianidad de las relaciones sociales. Se trata de unas sociedades, en plural,² cuyas economías generan la suficiente cantidad de riqueza material, de recursos, como para que una vez garantizada la satisfacción de las necesidades básicas de la vida, una parte de esos recursos puedan ser utilizados en inversiones adicionales, entre las cuales se encontrarían aquellas destinadas a la investigación científica y tecnológica. ST significaría, entonces, una determinada forma de unión entre la *Sociedad* y la *Tecnología*, una unión manifiesta en lo cotidiano y que habría que considerar en, al menos, cuatro esferas o ámbitos diferenciados.

Esta cotidianidad de lo tecnológico en lo social se va instalando progresivamente en la conciencia de las gentes: electrodomésticos de todo tipo, automóviles, tarjetas electrónicas, cajeros automáticos, teléfonos móviles,... pero, por encima de todo, los ordenadores, la “informática”, son aditamentos con los cuales nos hemos tenido que ir progresivamente acostumbrando a convivir. Ya no se trata simplemente de artefactos que cumplen una función instrumental y nos hacen más fácil y cómoda nuestra vida, sino que esas herramientas se han ido instalando, en nuestro día a día, como intermediarios de las relaciones entre las personas, y que, por esa inmediatez cotidiana, van haciendo que se modifiquen nuestras pautas de conducta y nuestros modos de pensar y entender el mundo y a nosotros mismos.

La ST es una sociedad en la que la tecnología no es, sólo, un añadido que tiende a incrementar nuestra comodidad y a agilizar nuestras tareas, sino una realidad con la cual hay que aprender a convivir: diríase que ha traspasado el terreno de lo, directa o indirectamente, laboral o utilitario, y se ha incorporado al ámbito de las relaciones personales. Vivimos en un mundo cada vez más lleno de “artefactos”, y en el que éstos ya no son herramientas especializadas en manos de unos cuantos expertos que las utilicen en beneficio propio o colectivo, sino que se convierten ellos mismos en elementos constituyentes, cuando no facetas propiamente dichas, de nuestra comunicación y nuestras relaciones con los demás.

Por otra parte, y en estrecha vinculación con esta creciente convivencia con lo tecnológico, y con la modificación de los modos de relación interpersonales a que va dando lugar, se está generando una mentalidad específica y propia de esta ST. Desde un partido de fútbol, en el cual los avances en las técnicas de retransmisión audiovisual permiten siempre al espectador diferir su juicio —respecto a una decisión arbitral polémica, por ejemplo— hasta que las repeticiones y los primeros planos desde ángulos de visión privilegiados le den unas referencias de las que antes no disponía, pasando por las consultas médicas apoyadas en todo tipo de minuciosos análisis realizados con aparatos y medios cada vez más sofisticados, hasta los dictámenes judiciales en los que las pruebas materiales pueden ser sometidas al más meticuloso de los estudios periciales, en esta sociedad, la ST, se va gestando una cierta mentalidad según la cual tendemos a hacer descansar nuestro juicio en “pruebas” de las que sabemos que vamos a poder disfrutar si esperamos lo suficiente: la tecnología, entre otras cosas,

² Hablar de *La Sociedad*, como absoluto, ocultaría la enorme heterogeneidad y las profundas desigualdades que, en lo que se refiere a progreso —del tipo que sea—, distingue a unos grupos sociales de otros en el mundo actual: en lo que a cultura y economía se refiere, parece suficientemente manifiesto que siguen existiendo en nuestros días muy diferentes sociedades en el mundo.

nos suministra respuestas para cuestiones que por nosotros mismos no nos creeríamos en condiciones de responder, pero que con su ayuda, con el aporte de “evidencias” obtenidas por medios cada vez más sofisticados —y de los cuales, en la mayoría de las ocasiones, somos unos completos desconocedores—, sabemos que, de un modo u otro, podremos eliminar una gran cantidad de las dudas que en un principio dichas cuestiones nos suscitarían.

En resumen, la instrumentalidad de lo tecnológico, su uso diario y social, ha trascendido ya hace tiempo el campo de lo estrictamente material u operativo, para implantarse en el terreno de la decisión y del juicio. La tecnología ya no sólo facilita, agiliza y aligera las tareas a ejecutar, sino que pretendemos que haga lo propio con nuestras capacidades de enjuiciamiento y de decisión. Como herramienta, la tecnología está operando, a mi modo de ver, una instrumentalización de la racionalidad humana. O, por mejor decirlo, la instrumentalización de nuestra razón, que ha ido siendo implantada en virtud de la mediación cada vez más decisiva que el mercado y la necesidad de intercambios con saldo favorable han supuesto en nuestras vidas. Esa instrumentalización, que nace de la mano de la sociedad capitalista y con ella se ha desarrollado, ahora se ve agudizada y exasperada por ese tipo particular de posición frente al mundo que la proliferación tecnológica tiende a consolidar: la convicción de que frente a cualquier problema, si se dispone de la información suficiente, y si su fiabilidad está debidamente garantizada, podremos encontrar la respuesta óptima, la mejor de todas las soluciones posibles, y excluir todas las restantes alternativas sin temor a errar.

Resulta paradójico, no obstante, que en lo que se refiere a las “grandes cuestiones” (aquellas cuyo sentido es, fundamentalmente, histórico y filosófico), la tecnología no haya conducido sino a la apertura de más interrogantes de las que inicialmente había, esto es, cuando no se podían precisar tanto los términos en los que las preguntas debían ser formuladas. Paradójico porque poco a poco se va convirtiendo en una *fe* eso de que «finalmente, todas las preguntas podrán ser contestadas», una fe en la capacidad del conocimiento que está detrás y en la base del progreso tecnológico, el conocimiento científico, de obtener tales respuestas, de obtener *todas* las respuestas. La mentalidad propia de la ST es una mentalidad en la que la idea de que las dudas puedan ser parte integrante de nuestra manera de enfrentarnos al mundo va tendiendo a desaparecer progresivamente; no se trata de que no tengamos que convivir, también, con la duda, sino de que parecemos creer que terminaremos no teniendo que hacerlo.

Un último ingrediente a tener en cuenta en este nexo cotidiano entre lo social y lo tecnológico característico de la ST sería el de los *miedos* que desencadenan en gran parte de sus miembros determinados avances tecnológicos, miedos provocados por los resultados o repercusiones que su aplicación —una aplicación, reiterémoslo una vez más, que se opera en el más inmediato y cotidiano de los espacios de convivencia social— pudieran generar. Ejemplo palmario lo tenemos en las modernas técnicas de la Biogenética, que permiten seleccionar, entre otros rasgos (que se convierten, por ello, en “manipulables”), el sexo del futuro/a hijo/a, o determinar en fases muy incipientes si la futura vida va a ser o no “normal”, otorgando la posibilidad (una posibilidad que aquí hay que entender como posibilidad “legal”) de interrumpir un embarazo; las técnicas de clonación son otro buen ejemplo en este campo. Se trata, en este caso, de un miedo avalado por la historia reciente: miedo a que todos estos avances lleven aparejadas consecuencias perversas, imprevistas o imprevisibles: desconocidas (medicamentos de los que luego se comprueba que tienen efectos secundarios más nocivos que los beneficiosos por los cuales se pusieron en circulación; intereses empresariales que priman sobre los públicos respecto a salubridad y seguridad de productos de los que se dice son fruto de las últimas innovaciones tecnológicas en el campo que sea; etc.); no es tanto la propia tecnología como esa conciencia de lo desconocido, el sentimiento subjetivo tanto como la constatación real de casos precedentes, lo que provoca la aprehensión en las gentes.

Tenemos, así pues, dos facetas distintas de un mismo miedo: antes de la consolidación social de la tecnología, miedo a lo desconocido; una vez consolidada y extendida, miedo a los efectos perversos y reales —muy conocidos— que ha acarreado dicha utilización, y que en su momento no se supieron prever: todos vivimos inmersos en el miedo a la desertificación del planeta, al exceso de irradiación ultravioleta por efecto de la degradación de la capa de ozono, al deterioro, en general, del medio ambiente debido a una época de desmesurada euforia por el progreso material y por la aceleración del mismo que resultaba, y resulta, de la aplicación de todo tipo de innovaciones tecnológicas.

Los miedos no sólo han creado un elemento añadido a esa conciencia particular de la sociedad y el tiempo que vivimos, sino que han movilizadado a la ciudadanía: esos miedos se han institucionalizado.

En la esfera política, la aparición de los grupos ecologistas, los “verdes”, es quizá la manifestación más evidente de que estos miedos se han trasladado de las conciencias de las gentes al plano de la acción social. Pero no sólo eso, sino que pudiera ser que, reactuando ahora de modo más firme sobre la conciencia y el sentir colectivos, supusiesen una reorientación tanto de la *convivencia*, como de la *mentalidad* y la *instrumentalidad* —los tres ámbitos en los cuales he desagregado este nuevo *modus* de lo social que llamamos ST— que se van gestando en torno a la implantación cotidiana de la tecnología en nuestras vidas.

En resumen: por ST se entiende aquí una determinada forma de convivencia social en la que la tecnología es elemento sustancial y cotidiano, y en tanto que tal determina unas nuevas formas de interacción, una nueva mentalidad y una creciente instrumentalización de nuestro entendimiento.

En esta conjunción entre lo tecnológico y lo social, existe, dándole soporte, un presupuesto estructural: la progresiva preeminencia de la tecnología en el ámbito de las relaciones sociales se debe a que ésta, y todos los artefactos, máquinas, instrumentos y conocimientos de carácter aplicado que la configuran como “realidad social”, es la concreción material de un tipo de conocimiento particular, el conocimiento científico, que a lo largo del siglo XX —aunque el proceso arranca ya de la época de la primera ilustración— se ha consolidado como la modalidad por excelencia del conocer. Es manifiesto que en nuestras sociedades occidentales actuales el veredicto de lo científico lleva las de ganar a la hora de enfrentarse a cualquier otro tipo de dictamen experto, incluso aunque aquello sobre lo que se haya de dictaminar no corresponda a ninguno de los campos del saber propiamente científicos.

Con ello vengo a señalar que, sobre todo en lo que se refiere a esa particular conciencia colectiva asociada a la ST que vivimos, la impregnación de las tareas y relaciones cotidianas con las tecnologías de todo tipo que poco a poco van aumentando su espacio de visibilidad en nuestro entorno, está directamente asociada al hecho de que esos productos tecnológicos son la resultante material de los avances en el conocimiento científico. Y así, la asociación simbólica que activa esta tendencia a la fe incondicional en la resolución tecnológica de cualquier problema que nos pueda salir al paso es que, detrás de ella estará siempre *La Ciencia*, entendida como ese particular tipo de conocimiento que tiene la exclusiva de todas las certezas, el conocimiento que es entendido, valorado y sentido a nivel colectivo como su modalidad por antonomasia.

No obstante, en lo que al significado de la ST se refiere, me parece que la pregunta más relevante que habría que tomar como punto de partida en cualquier debate sería: ¿Es la sociedad, “esta” sociedad, la que construye tecnología(s) o estamos en un estadio tal que de lo que se trata es de que ahora es la tecnología, la impregnación tecnológica de la vida cotidiana —una tecnología que se autoconstruiría a sí misma en un medio social especialmente predispuesto a aceptar esta especie de endogenia—, la que está construyendo un determinado modo de vivir lo social?

2. Verdades y tolerancias

La verdad, en abstracto, es cuestión debatida, y nunca resuelta, desde el principio de los tiempos: poco podríamos avanzar siuviésemos que enfrascarnos en un debate, el que fuese, sobre el concepto, la sustancia y/o los atributos de lo verdadero. En lugar de ello, me parece mucho más útil establecer, al igual que en el epígrafe anterior se ha intentado hacer respecto a la ST, algunas líneas argumentales que sirvan para definir un sentido actual de lo verdadero en cuanto a los modos de socialidad adheridos a nuestra convivencia con la tecnología.

Dos posibles sentidos o interpretaciones de *verdad* nos salen entonces al paso. Nos encontramos, a la hora de plantearlo en relación con la ST, con lo que podrían ser llamados dos *criterios de pertinencia* de lo verdadero: estaría, en primer lugar, la cuestión de la verdad de la tecnología, la validez, en términos de realidad objetiva, de los resultados —materiales, convivenciales e ideacionales— de la aplicación, en nuestra vida cotidiana, de todo tipo de tecnologías; en segundo lugar, habría que hablar de una verdad sobre la tecnología, o lo que es lo mismo, qué determina actualmente que la tecnología, en cuanto que ingrediente de lo social, sea una verdad inscrita en ámbitos más amplios que los específicos y técnicos a los que como herramienta especializada pareciera en un principio estar destinada. Considerados ambas vertientes de la verdad en la ST, hemos de desembocar en el problema de la tolerancia, dada la íntima asociación que viene a establecerse entre lo que hay de

ser nuestras certezas y la predisposición que de ellas se derive para aceptar con amplitud de miras las posibles posturas en contrario.

Por lo que se refiere al primero de los criterios, una verdad de o desde la tecnología vendría a significar el tipo de formas, comunes, cotidianas, convivenciales, con las cuales las personas nos estamos acostumbrando a evaluar la veracidad del mundo que nos rodea, sirviéndonos para ello como herramienta de los dispositivos de todo tipo que la innovación tecnológica pone a nuestro alcance: un simple test del embarazo o la posibilidad de la existencia de vida en Marte, por ejemplo, son preguntas cuya respuesta descansa en la posibilidad de que una mercancía farmacéutica (aplicación tecnológica de los avances en bio-medicina) o un aparato aerospacial (resultado de avances en múltiples campos de la investigación científica: física, ingeniería, robótica, telemática,...) nos faciliten evidencia en un sentido u otro, cuando antes —antes de la existencia de una ST— eran cuestiones a decidir en el ámbito de la íntima percepción sensorial (de la mujer y de su cuerpo, se entiende) y de la especulación filosófica, respectivamente.

Dicho de otro modo, nuestra capacidad de interpretación del mundo, nuestras herramientas heurísticas y de decisión respecto a la veracidad o falsedad de muchas cuestiones, descansa cada vez en mayor medida en la posibilidad de que exista un artefacto o instrumento, una “tecnología” específica, destinado a la resolución de dicha incógnita. Y lo que es más importante: existen cuestiones respecto a las cuales es relevante plantearse la pregunta acerca de su veracidad debido única y exclusivamente a la existencia de tecnologías capaces de evidenciar la existencia de esa tal incógnita, incógnita que sin su mediación no habría llegado a plantearse. ¿Cómo podría plantearse la cuestión de la estructura última de la materia sin, por ejemplo, microscopios electrónicos o aceleradores de partículas; habría alguna vez surgido la cuestión acerca de la existencia de los neutrinos sin aparatos de este tipo?. Es evidente que esta verdad de la tecnología descansa, fundamentalmente, en la capacidad de construcción de evidencia material, de inscripciones o registros de realidades inalcanzables tanto sensorial como intelectualmente sin la mediación de instrumentos (tecnología) muy especializados destinados a su detección.

Por lo que se refiere al segundo de los criterios, un tipo de verdad *sobre* la tecnología, la cuestión aquí sería, precisamente, abrir una pregunta que, en principio, pareciera no tener razón de ser: ¿quién duda, hoy en día, en nuestra ST, que, efectivamente, la tecnología es una “realidad”, y que tanto lo que hay tras ella como aquello a lo que ella conduce son “verdades”? ¿Quién puede dudar de que los aviones vuelan; de que la foto de familia de fin de año refleja una realidad vivida, de que el pollo asado al microondas está efectivamente cocinado, o de que cuando hablamos con nuestra tía en el Japón por teléfono, nuestra tía está allá, nosotros aquí, y pese a ello podemos comunicarnos?

El espacio para la duda, la suspicacia o la reticencia no se sitúa entonces en el campo de la veracidad o no de lo tecnológico, sino en que esos miedos que el permanente estado de novedad en que nos coloca sean miedos con una base real o sólo fruto de nuestra incapacidad para asimilar lo desconocido. La verdad *sobre* lo tecnológico es de hecho una cuestión abierta cuando tenemos en cuenta que, al margen de que como realidad material la tecnología sea incuestionable, pues existe, como realidad social sí lo es, pues su existencia no siempre es necesaria y/o beneficiosa, desde un punto de vista colectivo. Al decir esto, pienso en el grado de dependencia en el que la tecnología nos sitúa frente a las cuestiones posibles para las cuales hayamos de necesitar una respuesta.

Dicho de otra forma: en la medida en que la verdad *de* lo tecnológico deriva en una instrumentalización de la tecnología como criterio, en sí mismo, de decisión —excediendo el papel de simple instrumento o facilitador para la toma de decisiones—, y en la medida en que la cuestión de la verdad *sobre* la tecnología parece no tener relevancia, el sentido de lo verdadero en nuestra ST conjuga dos dimensiones contradictorias: no son ya tanto los procesos reales de convivencia, las situaciones inmediatas, las vivencias experimentadas y sentidas, sino esas otras realidades inaccesibles salvo que entre nosotros y ellas exista una cierta tecnología que nos las evidencie como tales realidades, las que, socialmente, tienden a ser aceptadas en su sentido de verdad. Podemos llegar a dudar de nuestra salud, pese a “sentirnos bien”, si hay un termómetro que nos dice que tenemos unas décimas de fiebre; y no tendemos a dudar, aquí en Madrid, de que está lloviendo en Santander, si el hombre del tiempo, señalando con su puntero una mancha blancuzca y nebulosa sobre un mapa de la Península Ibérica, afirma que la borrasca de las Azores está provocando lluvias tormentosas en la cornisa cantábrica, aunque jamás podamos contrastarlo directamente. En el día a día, nuestros usos comunes

tienden a apoyarse en unas certezas que cada vez en mayor medida son suministradas por artefactos (materiales, convivenciales e ideacionales) tecnológicos.

Conviene entonces tener presentes ante todo dos cuestiones, en el seno de la que hemos dado en llamar ST, respecto a lo que a *La Verdad* se refiere. En primer lugar, que nuestra forma de enfrentarnos a cualquier cuestión particular en la que se deba optar por la veracidad o falsedad de algo, está siendo progresivamente condicionada, en la forma y en el contenido, por la proliferación de instrumentos tecnológicos capaces de suministrarnos pruebas, evidencias, que de otra forma nos serían inaccesibles. Y en segundo lugar, que el tipo de *Verdad* que dicha dependencia de lo tecnológico en el ámbito mundano de las relaciones conlleva, es un tipo de verdad muy particular (y no La Verdad, universal, en abstracto): aquélla que mejor se adapta al concepto que de lo verdadero el método científico y el conocimiento que dicho método lleva asociado persiguen y propugnan.

¿Hacia qué verdad estamos caminando como miembros de una ST? Hacia una verdad que nos desvela secretos arcanos pero demasiado distantes de nuestra experiencia inmediata como para que seamos conscientes de ese avance. Y una verdad que suscita miedos debido a que, en ese camino, se han dejado —yo diría que inconscientemente— de lado peligros reales, disfuncionalidades, cuestiones derivadas, secundarias o añadidas que en su momento no llegaron a tenerse en cuenta, quizá como resultado de una euforia desmedida; en todo caso, por falta de una perspectiva amplia que considerase el mundo en el cual la tecnología ha de ser aplicada.

En la misma medida en que parece que tendemos a evacuar la duda como parte integrante de nuestro vivir y sentir cotidiano como personas —imperfectas— que somos, en esa misma medida, de la proliferación de instrumentos tecnológicos se deriva un cierto sentir, no realmente sentido sino impuesto desde las instancias y autoridades (intelectuales, académicas, políticas) que avalan el progreso tecnológico como una bondad incondicional del mundo en el que vivimos, según el cual caminamos hacia una verdad que se resume en la idea de que en el momento en que todas las preguntas que puedan ser planteadas desde la Ciencia encuentren su respuesta, habremos alcanzado el más alto estadio de nuestra existencia como especie: habremos alcanzado La Verdad, esa verdad sin preguntas posibles. Ésa es la concepción de lo verdadero que se deriva de la particular conciencia colectiva que se va gestando en nuestra ST: cuando se pueda llegar a saber qué sucedió en esas fracciones infinitesimales de tiempo inmediatamente posteriores al Big Bang, cuando la ciencia física haya reducido a cero las incógnitas acerca de la constitución y dinámica del mundo material en ese instante mágico entre el tiempo y el no-tiempo, entonces la verdad habrá sido definitivamente acorralada.

Sin embargo, esa carrera en pos de la verdad va dejando el camino sembrado de efectos perversos, disfuncionalidades, agravios de dimensiones más o menos considerables a ese cierto equilibrio preexistente —cuando la naturaleza o el mundo o el universo eran lo que eran y no teníamos conocimiento de ello— que sostenía las fuerzas, vivas e inertes, del mundo en el que somos unos huéspedes prescindibles.

¿No sería tal vez cuestión de replantearse que, en lugar de perseguir desaforadamente esa verdad resumida en ausencia absoluta de interrogantes dignos de ser tenidos en cuenta, la verdad habría de reconstruirse partiendo de una re-humanización de nuestra tecnologizada sociedad?; reconsideración que, naturalmente, habría de partir de argumentos y razones que exceden el ámbito de lo simplemente cognitivo, de la verdad como conocimiento, y que deberían incluir valoraciones de tipo moral. Conocimiento y ética están demasiado interpenetrados cuando consideramos que la tecnología es más que una simple derivación material, una aplicación, de un cierto tipo de conocimiento, y que atañe al conjunto de personas a las que ha tocado en suerte padecer o beneficiarse de su progresiva implantación en la esfera de lo cotidiano.

En tanto que integrantes y partícipes de esta nueva socialidad, estamos obligados a formar parte de uno los tres colectivos, expertos, gestores y público, que han de repartirse sus cuotas de tolerancia. Entiendo por *tolerancia* la capacidad de asumir las propias convicciones y defenderlas frente a las ajenas y discordantes, pero sabiendo aceptar que tan sólo son una opción entre otras posibles e igualmente admisibles y defendibles (ni mejores ni peores: simplemente *distintas*); y lo que es más importante: la tolerancia es una actitud real cuando se manifiesta en la práctica, en nuestra forma de proceder, de comportarnos y de relacionarnos (con nosotros mismos, con nuestros semejantes y con nuestro entorno). Tolerar es saber convivir cotidianamente con la diferencia.

Desde esta perspectiva, no puedo sino señalar la existencia de un cierto “déficit” de tolerancia del lado de expertos y gestores en lo que a la tecnología atañe. Unos, tal vez sumidos en su mundo especializado, más o menos alejado de las vivencias mundanas de la calle, no suficientemente conscientes de la radical distancia que separa al ciudadano de a pié en sus conocimientos y referencias respecto a ese universo tecnológico que constituye su vocación y medio de vida; los otros, embebidos de las excelencias inmediatas que cada novedad parece prometer, tienden a esa estrechez de perspectiva a la que aludíamos antes, cuando no, lo que es peor, obvian los miedos colectivos fruto del desconocimiento que se suscitan en el público —en primera instancia beneficiarios, pero que quizá, lejos de sentirse tales, temen acabar siendo víctimas perjudicadas—; y es que pareciese que interpretan que la ignorancia común, inevitable dada la hiperespecialización de los saberes, es simplemente eso, y no, además y mucho más prioritariamente, una actitud vital que merece la debida consideración. Y así, la desinformación o la falta de diálogo entre unos y otros con los que en última instancia han de ser los que usen o reciban los frutos o participen de las ventajas, llamémosle “la gente”, genera una dinámica en la cual los miedos se agudizan, las actitudes se radicalizan y las oposiciones se irrationalizan.

En síntesis: en esta ST nuestra, tendemos a trivializar la cuestión de lo bueno y de lo malo, y reducir el ámbito de la tolerancia a una definición estrictamente utilitarista: “yo tolero absolutamente cualquier cosa de absolutamente cualquier persona respecto a absolutamente cualquier tema, siempre que no me perjudique directamente como individuo”. Y ello es así, en parte por esa falta de comunicación aludida entre ofertantes y demandantes (potenciales) de tecnología, pero sobre todo por la posibilidad de servirse de esa oferta tecnológica para el aislamiento social: ¿hay que ser tolerantes con un juego de ordenador que premia el asesinato, el atropello cruento de cuanta víctima salga al paso de un conductor sanguinario, bonificando, para más escarnio de quienes puedan considerar inmoral este tipo de divertimentos, lo artístico del atropello, en este caso su virulencia, con despliegue de vísceras y chorretones de sangre?

Se está a tal punto en condiciones de re-crear de modo ficticio, virtual, situaciones, vivencias y modos de relación que pocos considerarían “tolerables” en la vida real, que la tolerancia se convierte en algo trivial. Proliferan los *simuladores*: dispositivos capaces de re-crear situaciones imaginarias pero con un enorme grado de realismo, que nos permiten inscribirnos en un mundo sin *otros* y, por lo tanto, sin nada que tolerar o dejar de tolerar. Proliferan los *evasores*: dispositivos de huida de lo real; si estoy deprimido, voy al cine a ver la más hilarante comedia que haya; si me disgusta mi cara, me pongo en manos de la cirugía estética; si me siento solo, recorro a la agenda telefónica y levanto el auricular; me horroriza esa hoja en blanco que he de escribir: abro el archivo de plantillas del procesador de textos y rápidamente dispongo de una hoja preconfigurada que calma mis ansiedades (e igual me creo que ya he “escrito” algo). Y no hablemos de la posibilidad del absoluto anonimato de algunos pocos frente a la casi completa indefensión de otros muchos cuyos datos personales y hasta íntimos pueden estar a disposición de usuarios nada tolerantes, en lo que se refiere a manejo de información (Internet o las modernas páginas amarillas). En todo momento estamos en condiciones de servirnos de algún medio de evitación de una realidad que no nos convence, y construir la ficción de otra realidad alternativa.

3. La irrealidad virtual

Y llegamos con ello a la que he denominado *virtualización* de la convivencia. Corremos el peligro de caer en una deshumanización, tecnologizada, de las relaciones sociales. La mediación de los aparatos, y de las técnicas y saberes específicos propios de su uso diario, va conduciendo progresivamente a una degradación de las relaciones interpersonales, en tiempo real, en presencia física de las personas, en su forma “natural” que implica asumir la propia posición, humana, del yo y la del otro. Tendemos, cada vez más, a situar entre nosotros y los demás toda una serie de emuladores, distorsionadores o falsificadores de la persona que somos, en aras bien de algún tipo absurdo de ostentación social (aunque ya haya descendido la “fiebre” que en su momento envolvía al fenómeno, el uso/abuso de los teléfonos móviles ha sido uno de los más claros y recientes ejemplos de ello), bien tratando con ello de salvaguardar o preservar o camuflar las debilidades que sabemos o creemos que pudieran ponerse de manifiesto en el trato directo con el otro.

Si el ser humano ha tendido siempre a escudarse en algún tipo de estrategia para evitar los daños emocionales o afectivos que se pueden derivar de los excesos de confianza, ahora, en una sociedad donde permanentemente vivimos en la presión del logro, de la lucha por el éxito, de la competencia más desaforada a todos los niveles, la mediación de las tecnologías comunicacionales parece que se erige como sustitutivo de eso que siempre ha sido un ingrediente más de la personalidad y de su puesta en escena frente a los demás. Derivamos hacia todas las mediaciones que tenemos a nuestra disposición la responsabilidad de presentarnos como personas y, así, cumplimos el doble objetivo de evidenciar una cierta posición social (que quizá tampoco sea la que más convendría a nuestros intereses) y de ocultarnos en tanto que frágiles criaturas humanas que nos sabemos. Padecemos de un síndrome de irrealidad, que si bien de modo inmediato creemos que nos sirve de paliativo y de recurso frente a la insatisfacción, a largo plazo tiende a la autodestrucción, a convertirnos en apéndices de instrumentos que en un principio sirvieron a nuestra comodidad y pudieran acabar usurpando nuestra personalidad, fundamentalmente la colectiva.

La verdad se hace cada vez más lejana a medida que ciencia y tecnología dicen acercarnos a ella: sólo unos pocos, mediante unos medios/mediaciones en sí mismos incontrastables e incuestionables por la gran mayoría de sus usuarios finales, están en condiciones de evaluar, de saber, de entender cuál es la distancia entre el mundo real y las informaciones, pruebas y evidencias que se obtienen de él mediante dichas herramientas. Ello contribuye también a nuestra tendencia a la huida, pues a medida que el conocimiento científico avanza más y más, el saber de las gentes queda más distanciado, se vuelve más ajeno a dichas realidades, y la necesidad de otro tipo de seguridades puede verse defraudada: ¿y por qué no resguardarse del frío al calor de artefactos que prometen paraísos hechos a medida? Sólo falta que la opción se convierta en una opción de mercado rentable para los productores adecuados.

La tecnología es buena, y es verdadera, en una sociedad en la que los usuarios tengan opciones entre las que escoger y capacidad de decisión para hacerlo, en la que siempre existan posibilidades alternativas. Y será todo lo contrario si se convierte en el único recurso, recurso de huida, frente a una realidad ante la que nos sintamos impotentes, más aún cuanto que los lazos interpersonales se van progresivamente debilitando.

